

Prólogo

El presente libro es uno de los productos de la tercera fase del proyecto de investigación “Paz e Iglesia”, desarrollado por dos docentes investigadores del grupo Yeshua de la Facultad de Teología, Filosofía y Humanidades, adscrita a la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium. El trabajo aborda el papel desarrollado por los laicos en Colombia en los procesos de construcción de paz desde el período del Concilio Vaticano II (1962-1965) hasta el 2016, año del acuerdo de paz firmado entre el gobierno del presidente Juan Manuel Santos y la guerrilla de las FARC. Con esta tercera fase se reafirma una apuesta investigativa de la facultad, y especialmente del programa de teología y del departamento de ciencias religiosas alrededor del trabajo por la paz que ha desarrollado, realiza y debe realizar la Iglesia como parte fundamental de su misión al servicio del Reino de Dios.

Entre los muchos aspectos que hacen valioso este texto, destaco cuatro, a manera de provocación para que los lectores se adentren en su contenido.

La presentación de los laicos en positivo

En primer lugar, los autores presentan una visión del laicado, en consonancia con la del Concilio Vaticano II, definido no desde la negación o ausencia del orden sacerdotal sino desde su condición de seguidor de Jesús, miembro de la Iglesia, y partícipe tanto del sacerdocio común como de la ministerialidad propia de todo el pueblo de Dios, de allí derivada. Aunque el cometido del libro no es eclesiológico, recupera lo propio de la Iglesia que es su carácter comunitario, fraterno, y la identidad de todos sus miembros, en cuanto iguales “partícipes” de la “*ekklesía*”, la asamblea convocada, que parte no de la diferenciación “jerárquica” sino de la comunión de hermanos, discípulos del único Maestro y Señor. Además, en cuanto a procesos eclesiales se refiere, parece evidente que, numéricamente, la participación de los “laicos” es la que garantiza la realización de su cometido, pues son ellos quienes real, directa y efectivamente se involucran en las iniciativas propuestas por los pastores. Y esto sucede también en las experiencias de construcción de paz.

La selección de experiencias diversas da cuenta de la multidimensionalidad del trabajo por la paz

El libro presenta cinco experiencias significativas de construcción de paz, diversas en la ubicación geográfica, en los actores involucrados, en los procesos realizados y en las metodologías implementadas, que evidencian no sólo una mirada amplia de los

autores sino también una perspectiva integral sobre los procesos de construcción de paz. Las experiencias presentadas, fueron seleccionadas de un amplio abanico, siguiendo el criterio del carácter multidimensional del trabajo por la paz, como bien lo expresaron los autores: “Se buscó que la selección de las experiencias significativas de paz y sus comunidades obedeciera a un criterio amplio que tuviera en cuenta lo diverso y pluriétnico del país representado en poblaciones indígenas, campesinos, afrodescendientes y afro indígenas, tanto en lo rural como en lo urbano”. Con esto se reafirma que la paz implica el concurso de todos y requiere una mirada holística e integral, en tanto se atiendan todas las dimensiones de la existencia que posibiliten el bienestar integral, garante de la paz.

Esbozo de elementos constitutivos de una teología de la paz

Un aporte significativo del texto es la presentación de unos elementos fundamentales para la elaboración y desarrollo de una teología de la paz. Dado que el libro hace parte no sólo de un proyecto sino de un programa investigativo acerca del trabajo eclesial por la paz, los autores avanzan en la construcción de una teología de la paz, o teología para la paz que, elaborada con rigurosidad y fundamentada en categorías propias del saber teológico, y en otras surgidas del diálogo interdisciplinar, permiten discurrir adecuadamente sobre esta propuesta teológica. Si bien, esta podría ser llamada por los expertos una “teología de genitivo”, o teología con apellido, su indiscutible y necesaria importancia reside en el hecho, de acompañar la práctica eclesial de todos aquellos que en nombre del Señor Jesús se empeñan en aportarle a la construcción de una sociedad justa, reconciliada y en paz. Y, de esta manera, se retoma lo más genuino y original de la propuesta del nazareno, no sin razón, llamado “príncipe de la paz”, y de quien el apóstol Pedro dijo en el libro de los Hechos de los apóstoles, que: “*pasó haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo*” (Hch 10,38). Además, se le sale al paso a ciertas tendencias teológicas que, apelando a una supuesta neutralidad, son indiferentes al dolor y sufrimiento de la mayoría de los colombianos, o a otras que abiertamente se muestran proclives a los poderosos del país, que estructuralmente han causado el estado de cosas que por más de doscientos años se ha vivido en Colombia.

Pistas orientadoras para el quehacer eclesial por la paz en Colombia

Esta cuarta consideración, unida a la anterior, reconoce que práctica y teoría van de la mano, es decir, que una verdadera teología debe desembocar en una adecuada praxis pastoral, y viceversa; que de una comprometida y decidida práctica pastoral por la paz, surge una fundamentada teología de la paz. De hecho, los libros de las anteriores fases de este proceso investigativo, siempre han hecho esbozos, planteado desafíos, o sugerido pistas iluminadoras para el trabajo eclesial por la paz. Si bien, la investigación parte de las experiencias significativas de trabajo por la paz en el seno de la Iglesia católica,

sin duda alguna, se trata de alentar esfuerzos, compromisos y búsquedas, que conciten el interés de todas las Iglesias cristianas presentes en el país, y por qué no, de las otras religiones, para un trabajo mancomunado por la paz. Todavía, duele recordar el papel tan dañino que tuvieron representantes de varias Iglesias en el plebiscito por la paz, que, o bien haciendo eco de mentiras y prejuicios, o escudándose en supuestos argumentos religiosos, terminaron promoviendo la polarización, y el rechazo a la refrendación de un acuerdo de paz que pretendía apostarle a la construcción de la paz en Colombia. Nada más ajeno a la confesión de fe, cualquiera que esta sea, que la indiferencia o el rechazo a los esfuerzos de paz, dado que una verdadera espiritualidad pasa necesariamente por el trabajo y el compromiso por la paz.

Finalmente, partiendo del diálogo como una categoría fundamental para la construcción de paz y de una teología de la paz, como lo manifestaron los autores en el libro, quiero expresar el disenso frente a algunos planteamientos referidos por los autores sobre la Sagrada Escritura que, si bien pueden seguir a hermeneutas reconocidas, nos localizan en un paradigma de interpretación distinto que tiene cierto sesgo unilateral. Esto se evidencia cuando dicen:

El canon, como un lento proceso histórico de patriarcalización e imperialización de estos textos, refleja entonces una dominación y control de la vida cotidiana y familiar de las comunidades. A lo largo de más de 400 años, se va configurando un conjunto de libros, bajo el auspicio del imperio (a este respecto, el papel del emperador Constantino es icónico), que pasarán a ser considerados como “palabra de dios” en los siglos venideros. El poder político de estos textos religiosos (recordemos que religión y política son dos momentos de un mismo proceso social) es lo que hará posible la instauración de un sistema imperial, jerárquico y esclavista...”.

Al afirmar esto, ¿se estaría teniendo en cuenta que el proceso de canonización de los textos empezó antes de que el Imperio romano, en cabeza de Constantino, empezara la cooptación de la fuerza evangélica de los seguidores de Jesús? De igual forma, ¿se estaría teniendo en cuenta que desde finales del siglo II hasta mediados del siglo V d.c, lo que primero presidió las decisiones de las comunidades cristianas acerca de cuáles libros sí o no hacían parte del canon fue la fuerza del Espíritu liberador de Dios? Evidentemente, nos encontramos frente a otro paradigma de interpretación que no puede olvidar que el texto es considerado como una conjunción humano-divino. Desconocer esta doble naturaleza tendría serias consecuencias epistemológicas, en tanto no partir de la realidad del objeto de estudio en cuestión, a no ser, como ya he dicho, que nos encontremos delante de un paradigma hermenéutico “otro”. En efecto, no se puede desconocer el influjo que el Imperio romano introdujo en el cristianismo, pero esto ha ocurrido como manipulación

de lo que, en medio de intereses liberadores y otros no tan acordes al proyecto de Dios, ya se había “canonizado” en el texto.

Tomo una segunda afirmación del libro: “Los textos bíblicos continúan siendo considerados como *fuentes inmaculadas* de la revelación sagrada para una gran mayoría del pueblo cristiano, entre sacerdotes, teólogos y feligreses”. Sin duda alguna, en una gran cantidad de feligreses sin formación teológica puede todavía aparecer esta creencia, y en otros que, habiéndose formado, responden aún a una mentalidad que exagera el polo divino del texto, desconociendo su carácter humano. Esto es innegable. Sin embargo, tal afirmación no debería llevarnos a desconocer todos los avances en la hermenéutica y exégesis que evidencian, sin tapujos, los intereses que se tejieron en la elaboración de los textos bíblicos, que dan cuenta de la realidad conflictiva que queda reflejada en la Sagrada Escritura. El texto bíblico en su doble naturaleza de texto humano-divino refleja las marcas de una realidad humana conflictiva en la que siempre ha habido la confrontación de dos proyectos en pugna: el de la liberación/salvación y el de la opresión/condenación. La tensión entre los dos proyectos es transversal. Entretanto, esto no debería llevarnos a considerar que el texto bíblico haya sido patrimonio exclusivo del proyecto dominador. Es claro que la Sagrada Escritura ha querido ser usada y manipulada en beneficio del proyecto opresor, acumulador y deshumanizador, lo cual, sin embargo, no puede dar pie a la afirmación de que esta sea un producto total del imperio romano, algo que sería impreciso.

Tenemos, pues, aquí, con estas observaciones, una muestra del proceso dialogante tan caro a los autores, de manera que estas observaciones en nada le restan mérito al texto que tenemos entre manos. Al contrario, entramos en el espíritu dialogante y crítico propuesto por ellos. Además, en su texto se manifiesta un reconocimiento agradecido al trabajo por la paz realizado por las cinco experiencias referidas, al mismo tiempo en que se hace un esfuerzo significativo de esbozo de una teología de la paz. Este esfuerzo es imprescindible en nuestro contexto convulsionado, polarizado y engeguado por una propaganda oficial que, incluso recurriendo a los discursos religiosos, pretende satanizar el compromiso de muchos creyentes en su trabajo por la paz, y detener el análisis y la transformación de las causas estructurales del conflicto. Profesores Luis Ernesto y Carlos José muchas gracias por este trabajo que ponen a disposición de la criba académica y sobre todo al servicio de un trabajo decidido por la paz.

Pbro. Diego Fernando Ospina Arias